

Commune ; et la longue liste d'élèves, tous officiers morts en Crimée, en Italie, au Mexique, à Sedan, à Gravelotte, à Saint-Privas, sous la simple et sublime inscription : *In memoria æterna erunt justi !...* les couloirs clairs et cirés, où déambulaient penchés sur le bréviaire, d'illustres et humbles savants, couronnés par les Académies les plus renommées ;... et nôtre grande salle d'étude, aux rangées de pupitres luisants, où debout, sur la chaire, dans le jour tombant, se dressait, drapé dans son austère robe noire, un Père à la belle tête aristocratique, aux fines mains blanches égrenant un chapelet, l'ancien zouave pontifical, le héros décoré et embrassé publiquement par Lamoricière sur un sombre champ de bataille d'Italie, qui portait dans le monde le titre de prince de Kerguéneç, et qui, en religion, était le Père Louis, nôtre surveillant d'études.

MARQUIS F. DE BROC

Ficciones y Realidades

En un rincón formado por montes de graciosas líneas y suaves tonos, se esconde un pueblo de alegre aspecto, cuyas casas, parte en plano, parte escalonadas en el arranque del monte, lucen como en certamen lo blanco de sus paredes, lo igual y perfilado de sus techos, lo enhiesto de sus chimeneas de palos y rastrojo y lo hermoso de sus huertas y jardines. A medida que la loma trepa, la distancia entre casa y casa se hace más considerable, y es cosa digna de contemplarse desde abajo el desfile de viviendas que, resguardadas de los vientos serranos por cercas de bejucos y rosales y del sol por árboles de sombra, van á esconderse de un todo en lo más espeso del monte, el cual, tupiendo sus frondas y espesuras, se convierte al fin en montaña cerrada.

El canto de los pájaros monteses alterna allí con el bramido de las vacas que pacen en los recuestos, con el balido de las ovejas que buscan los renuevos en las éras y con el

agudo grito de las cabras que ramonean en las callejas que ha abierto el hacha de los leñadores. Mil senderos, que llevan á los pueblos allende la sierra, ó bien simples atajos que conducen á lugares de cultivo y desbroce, van y vienen, serpentean y se cruzan. De los torrentes que bajan buscando el valle unos se precipitan en hermosas caídas y huyen presurosos por matorrales y cañadas, dejando á su paso refrescado el ambiente y con plétora de vida los paraques que humedecen; otros menos bullangueros y esquivos se dejan conducir á los sembrados, en donde distribuidos en mil caprichosos regatos, van dando vida á las plantas agobiadas por el verano, y después de cumplir su refrescador encargo y de poner en flor los eneldos y manzanillas, siguen adelante, confundiendo sus rumores con el canto de las lavanderas que se miran en su corriente, hasta que espumosos y cansados se tienden en el llano.

Este pueblo está alejado de intento de toda vía de tránsito y comercio; no llegan á él las voces de los mercados ni las agitaciones cortesanas; los periódicos, cuando los trae la casualidad, apenas abren breves paréntesis en las cotidianas conversaciones sobre siembras, ganados y caballos. El valle que le queda al oriente va extendiéndose en heredades más ó menos grandes, con sus cercas de arbolado, hasta perderse de vista. El río que cruza este valle se desliza perezosamente como olfateando su curso, y después de fecundar las tierras que baña, va á llevar el beneficio de sus aguas á remotos campos y extrañas gentes. Pero si la naturaleza llama aquí la atención por lo rica y variada, más la llama el carácter de sus habitantes. El aislamiento en que viven y con el cual se encariñan, les ha hecho un tanto huraños, hasta el punto de ser orgullosos. La sociedad está dividida en clases perfectamente separadas. Entre los hidalgos de aquel pueblo sería empresa trabajosa hallar los rasgos que caracterizan las castas puras, y sin embargo, hay quien remonta su sangre á los héroes de Covadonga ó al mismísimo Ruy Díaz de Vivar.

Los matrimonios son raros entre las gentes principales, porque las niñas, engreídas por los decires de sus madres, desdennan, con aire un si no es jactancioso, los requiebros de los galanes que rondan sus ventanas, en espera de algo muy nombrado que ha de venir, pero que por desgracia para ellas nunca viene, y los jóvenes buscan, sin conseguir más que tristezas y desalientos, novia rica y de blasones.

Entre las familias distinguidas del pueblo, por sus caudales y linaje, ocupaba buena línea la de don Aniceto Arévalo. Era el tál oriundo legítimo del lugar, pues en él había nacido y se había criado al igual de sus progenitores, y en él había establecido sus negocios y dado campo á sus energías y ambiciones. Allá por los años de la juventud estudió en un colegio de fama por entonces en toda la república, y en parte por el temor que á su padre tenía y en parte por la deficiencia de los estudios en aquellos tiempos, logró hacerse doctor en leyes. Pero eran tan escasos sus talentos para las disciplinas intelectuales, que no sólo nunca ejerció la abogacía, sino que en estas materias, sobre todo, hubo tal cerrazón en su pobre caletre, que olvidó, si fue que ya lo supo, hasta en qué se distinguía el Código Judicial, verbigracia, del Código Civil. Pero tampoco había menester este recuerdo, pues su compadre don Marcelo, viejo socarrón y chocarrero, ganaba buen puchero en casa de don Aniceto defendiéndole pleitos, que por lo demás consistían en reclamos que á éste hacían los vecinos, porque debiendo limpiar un cauce, pongo por ejemplo, no lo limpiaba, dañando así predios ajenos con el único objeto de hacer el mal y reírse de él, porque ha de saberse que don Aniceto, aunque por de fuera tenía catadura de hombre bueno, dejaba ver en el carácter vueltas y repliegues en donde, al decir de algunos, se escondía un hombre malévol.

Por la época en que lo tomamos frisaría don Aniceto con los cincuenta. De estatura menos que mediana; de cuerpo lleno de carne con mucho de vulgar; de pelo tupido y

fuerte, y de barba escasa y rebelde. Tenía mirada torcida, efecto de sus travesuras de niño, pero que cuadraba bien con el conjunto general de su fisonomía; una cara mofletuda y una voz dulzona de tonos escasos, que hacía monótona su conversación. En el vestido era modesto en hechura y tela. Su esposa doña Teresa, hartó más joven que él, de pocos caudales pero de buenos timbres de familia, conservaba bastante frescas las prendas de hermosura que la distinguieron de soltera. Insinuante y suave de carácter, atraía las simpatías de los que la trataban, y conllevaba resignada las asperezas geniales de su marido, quien voluble y tornadizo ponía cara de momia santurrona ó bien de déspota irritado. Con todo, doña Teresa andaba muy campante con ser esposa de don Aniceto, porque algo vanidosilla y pizpireta, sentía agrado en hacer y deshacer y en ser tenida por señora de hombre rico. Cuando don Aniceto veía las sonrisas de su esposa, ponía cara de pascuas, pero cuando observaba que, amiga de despilfarros para ser tenida por dadivosa, no movía punto para aumentar el patrimonio, ni ponía orden ni concierto en la casa, tomaba aires de seriedad y desagrado.

Doña Teresa era amiga de reuniones caseras, y don Aniceto no sólo no contrariaba esta inclinación de su esposa, sino que la patrocinaba. El era el anfitrión, y mientras la danza iba y venía permanecía sentado en un sofá, arrinconado en la ancha sala, en conversación animada con un tío de doña Teresa, sobre los negocios que traía entre manos y sobre la no lejana herencia de doña María, su madre, señora bonísima y ya muy anciana. Tenía por cierto don Aniceto que todo lo de doña María debía corresponderle á él, con exclusión de hermanos y sobrinos, y las razones que alegaba para el caso eran: porque él se llamaba Aniceto; porque era trabajador y honrado á carta cabal; porque era el más parecido á su difunto padre; porque era buen cristiano y devoto de la Virgen, y por otras tantas razones que no viene al caso poner aquí. A ve-

ces un viva dirigido á don Aniceto desde el centro de la sala le hacía interrumpir sus conversaciones favoritas, para dar las gracias de modo torpe y encogido. Don Aniceto y doña Teresa no gustaban de los usos cortesanos, y sólo muy de tiempo en cuando venían á la ciudad. Hacían vida por igual en la hacienda y en su casa aldeana. Hijos habían tenido, pero sólo el segundo, Jerónimo, vivía, pues los otros habían muerto casi al nacer, pudiendo decirse de ellos lo que de los suyos decía la mujer al pirata en el canto de Velarde, que

..... Con tal prontitud
Se los quitó la fortuna,
Que las tablas de la cuna
Les sirvieron de ataúd.

Don Aniceto, piadoso como era (aun cuando no faltaba quien tuviese por falsa su piedad), se consolaba de la pérdida de sus hijos, diciendo que la Señora de arriba (y señalaba el cielo) se los guardaba en la gloria para cuando él fuera, porque ha de saberse que don Aniceto nunca puso en duda que hombres como él tomaran del tiempo á eternidad otro camino que el del cielo. Doña Teresa, muy parecida en esto á su marido, olvidaba su dolor con iguales consuelos, y las personas de sus amistades, entre mimos y lloros, no cesaban de decir que hijos de aquel matrimonio eran ángeles, y que por eso no hacían vida en la tierra.

Jerónimo, á quien llamaremos en adelante Jeromo, para acomodarnos con el nombre familiar que le daban sus padres y los relacionados de la casa, quedó, pues, como hijo único, heredero universal de los bienes que su padre tenía de presente y de los muchos que pensaba alcanzar tiempo adelante.

Era un chiquitín primoroso. Pronto dejó los pinicos y los auxiliares que los acompañan para correr á su sabor por pasillos y salas, caballero en una mula formada de un bastón con jaeces y riendas de paño, regalo de su abuela materna.

Por todas partes metía ruido y desorden. Le arrancaba ayes lastimeros á un perro faldero, al que hacía desempeñar tareas de carga y de tiro. Revolvía las ovejas encerradas en las corrales vecinas; corría detrás de las cabras, que poco miedosas se burlaban de su persecución dando brincos y subiendo y bajando la cuesta que quedaba en su corral; las gallinas, patos y gansos huían á su presencia, y los gatos se ponían fuera de su alcance, erizados y rezongones en los aleros de la casa. Cuando la noche cerraba hacía mil escarceos en su mula al través de la sala, á presencia y contentamiento de sus padres, con fórmulas de saludo á uno y á otro lado, hasta que rendido por la fatiga iba á hacer sueño bajo el jergón de don Aniceto, en cuyos brazos se quedaba dormido. La abuela materna lo tomaba entonces para colocarlo en un lecho de delicada hechura y suaves tendidos, regalo que á Jeromo habían hecho sus padrinos. Allí, recatado por cortinas de seda, con los ojos entreabiertos como ensayando una mirada y los labios ligeramente plegados como para responder á las caricias maternas, dormía el sueño de la inocencia.

Las cualidades que don Aniceto y doña Teresa encontraban en su hijo eran evidentes. Y en esto no andaban errados, porque personas de buen juicio las encontraban también, y afirmaban que Jeromo, andando los años, sería un hombre cabal por sus prendas de entendimiento y de carácter.

Muchos amigos de don Aniceto que frecuentaban su casa, no por amistad verdadera sino atraídos por los postres y guisados con que doña Teresa regalaba en su mesa, mantenían en vilo á los dos esposos ponderando las gracias y primores de su hijo. Los pulsadores de bandolinas y guitarras componían aires y pasillos dedicados á Jeromo. Los que no podían adular en esta forma lo hacían poniendo renglones de longitudes iguales, que ellos llamaban versos, con motes así: "Al niño millonario." Pero los pulsadores y los poetas, más que las cuerdas y las palabras, pul-

saban y rimaban los bolsillos de don Aniceto con préstamos de plazo indefinido. Doña Teresa no cabía de contento con estas cosas! ¡Su hijo millonario! ¡Qué bendición de Dios!

El tiempo pasaba y Jeromo crecía. La mula de jaeces y riendas de paño quedó olvidada y maltrecha en un rincón, y vino en su lugar un caballo de noble raza con aperos según el gusto de don Aniceto, quien como conocedor en la materia no dejó que les faltara ni las hebillas y correas de menos uso y cuenta. Jeromo salía por los campos, dejando primero trotar el caballo á la querencia del de don Aniceto, alborotándolo adelante luego que hubo perdido el miedo, haciéndolo saltar obstáculos cuando estuvo seguro de quedar á plomo. Cuando doña Teresa los acompañaba en su manso y gordo morcillo, gritaba, invocaba á todos los santos, lloriqueaba, suplicaba, meneaba la cabeza, agitaba las manos al ver los peligros en que se ponía su hijo, pero su esposo la tranquilizaba diciéndole: no te afanes, hija, el caballo es manso y de buena pisada. Haz cuenta que ves á tu Aniceto cuando andaba por los años de Jeromo.

En este medio y con estos gustos principió á vivir el chicuelo; ni eran otros los que tenían sus padres, ni otros querían para su hijo. Don Aniceto, que era arrote y simple en tratándose de algo que no fueran bregares campesinos y que no adivinaba nada mejor para un joven que sembrar papas y roturar campos, dejaba con una sencillez culpable que Jeromo creciera en un medio vulgar formado por los contertulios de la casa, que no conocían el escrúpulo ni en acciones ni en palabras.

Doña Teresa, que no se preocupaba por estos asuntos más que su marido, y para quien la educación tenía un sentido vago, pudiendo significar lo mismo esto que aquello, quería que su hijo siguiera las inclinaciones y trabajos de don Aniceto. No concebía ella que á un joven rico y bien nacido, como era su hijo, se le pudiera dar educa-

ción más adecuada que la de manejar un caballo con elegancia y maestría, lucir en los bailes y puntear bien la guitarra.

Si las letras sirven para algo, decía, tendrá lo bastante con poner buena letra, con ortografía y con saber leer, y así Jeromo, merced al dinero, valdrá mucho más que otros jóvenes que estudian y más estudian y se queman las pestañas por saber, pero que no gozan como mi hijo del bien inestimable del oro.

A fin de dar á Jeromo la enseñanza en letras, deseada por doña Teresa, y á fin de complacer al señor cura, joven y celoso sacerdote, trabajador incansable por el bien de su pueblo y que con palabra sencilla y persuasiva no cesaba de repetir desde el púlpito la obligación que tienen los padres de andar en guardia por la buena educación de sus hijos, decidieron á los dos esposos á pensar seriamente en la educación del suyo. Era discreto el sacerdote, y sin embargo, las gentes que oían el sermón no admitían duda que aquello iba contra don Aniceto. Los hombres se sonreían con sorna, y las mujeres, rebajando un tanto la mantilla, se guiñaban el ojo y miraban á hurtadillas á don Aniceto, quien sentado en un escaño no apartaba los ojos del cura.

Establecidos en el pueblo don Aniceto y doña Teresa, resolvieron, de acuerdo con otros vecinos principales, que la maestra de escuela, haciendo horas fuera de las que por su oficio ocupaba en el día, formara un estudio especial para los niños que, por su clase, no era bueno anduvieran en comparsa con los pilluelos de la escuela pública. La maestra, doña Petra, era una buena señora ya entrada en años, abultada de carnes y corta de estatura; de idoneidad suficiente para las primeras letras.

En casa de don Aniceto, pues, se iniciaron las lecciones, con asistencia de varios niños, siendo Jeromo el mimado de todos. Doña Petra, que era algo viva de genio, tuvo que poner en sus nuevas tareas una paciencia que no acostumbraba con los hijos del pueblo.

En la hora de la mañana no asistía Jeromo porque se levantaba á las nueve; tampoco á la del medio día, porque le hacía daño el estudio después de almorzar; sólo concurría á la clase de la tarde. No es para contar su desaplicación, adustez y mal genio con doña Petra por la más leve observación, y mientras sus compañeros adelantaban cuál más, cuál menos, el hijo de don Aniceto no salía de los palotes. En vano doña Petra presentaba quejas á doña Teresa, quien no sólo no hacía corrección alguna á Jeromo, sino que allá á sus solas y en presencia de su hijo motejaba á doña Petra con motes depresivos y aprobaba los que el niño ponía de su cosecha.

Eran muy de intimidades en la casa de don Aniceto don Benito y doña Rita, matrimonio unido por el amor, y si no sobrado en bienes de fortuna, sí con los suficientes para vivir como Dios manda. Don Benito era el tipo del perfecto caballero, del esposo cumplido y del padre solícito. Sin escasear en los gastos de la casa, y antes andando en ellos con mano larga, le daba su trabajo para agrandar poco á poco la heredad y aumentar las cabezas de su rebaño. Su esposa contribuía grandemente á esto con el orden y la economía, y porque teniendo todas las delicadezas de las damas bien nacidas, no ponía melindres en desempeñar á don Benito en sus quehaceres, cuando por cualquier motivo faltaba á ellos. Si por esto eran felices, éranlo doblemente por los hijos que Dios les había dado. Eran seis, á cuál más hermoso, robusto y encantador, y lindos como querubines de Reynolds. A la escuela de doña Petra concurren al principio cinco, pues Maruja, por sus pocos años, se quedaba en la casa acompañando á su mamá; pero luego, inducida por la relación que sus hermanos hacían de los juegos de la escuela, fue preciso dejarla ir también.

Los niños iban contentos á la lección, tanto por la novelería propia á su edad de pasar unas horas fuera de casa en compañía de otros niños, como porque así lo querían sus padres. Despiertos al alba, se daban al arreglo de sus

personas, sin necesidad de orden ni consejo, y sólo porque su buena madre así los tenía acostumbrados. Provistos de sacos de género que colgaban al cuello y en los cuales ponían libros, pizarras y gises, y las niñas además hilos, sedas y dedales, se disponían á marchar.

Aparecía luégo doña Rita con una cestilla de fibras de caña que ponía en manos del mayorcito, y en donde su maternal solicitud colocaba dulces, bizcochos y frutas para el regalo de sus hijos, quienes después de abrazos y besos y promesa de ser formales tomaban el camino de la escuela, andando poco á poco y volviendo de cuando en cuando la vista atrás para hacerle muecas cariñosas y enviarle con la mano besos á mamá, quien de codos en el barandal del mirador los seguía con los ojos hasta la primera quiebra del sendero.

El pincel de Goya hubiera encontrado admirable para sus líneas y colores aquel grupo de niños andando así, entre el frescor de la mañana, cuando el sol apenas principia á dorar las cumbres lejanas y la brisa á desgranar sobre el césped el rocío dormido en los árboles. Ya se detenían para coger una rosa que indiscreta se mostraba por encima del bardal que lindaba el camino, ya para espiar por entre las grietas del viejo muro las mirlas que desde la rama en donde ocultaban el nido daban al aire sus cantos matutinos, antes de tender el vuelo en busca de alimento.

Con las rosas y violetas que cogían en el tránsito llegaban á la escuela, y después de ponerlas al pie de la imagen de la Virgen que decoraba el saloncito de clase, se daban á la tarea que doña Petra les señalaba.

Maruja era el duende de la clase; iba de uno á otro de sus hermanos, haciendo refr á éste con un gesto gracioso, quitándole al otro la pizarra mientras preparaba su gis en los ladrillos del pavimento, colocando sobre la cabeza del de más allá un pedazo de papel ó un fragmento de flor; pero ni doña Petra ni los niños se incomodaban, porque Maruja, á lo poco de la edad, unía tal suavidad de mane-

ras que sus travesuras resultaban encantadoras. Pero tampoco se prolongaron mucho tiempo en esta forma, porque don Benito, que estimulaba mes por mes la aplicación de sus hijos con algún corto regalo, le dijo un día á la niña después de haber distribuído entre los otros muñecos y soldaditos de plomo: "Para ti no hay, Maruja, porque sé que eres traviesa en la escuela, y no haz aprendido á leer, ni querido hacer la primera plana. La niña nada contestó, pero con los ojos bajos, compungida y llorosa fue á dar entre los brazos de su madre, quien dándole un apretón contra el pecho en señal de consuelo, le regaló una hermosa muñeca, comprometiéndose Maruja á tener contento á su padre en adelante.

Airosa salió doña Rita, porque la niña, á vueltas de poco tiempo, había adelantado bastante, y grata sorpresa recibió don Benito cuando, el día en que la familia le celebraba el santo, Maruja vino á él entre seria y sonriente y le dijo: "Padre, ya no soy traviesa, y aquí tiene sumerced la cuelga que le trae su Maruja, y fue poniéndole en las manos una plana en papel y un paño en donde se veía bordado por ella el nombre de don Benito; quiso además que su padre la oyera leer, y leyó con vez insegura y miedosa el cuento de *La Cenicienta*. Cuando hubo acabado, don Benito la sentó en las rodillas, la colmó de caricias, y sacando del bolsillo un hermoso librito de oír misa, se lo dio diciéndole: tóma, hija, para que reces en él. Doña Rita y los niños, que observaban desde la puerta, se acercaron, y todos juntos formaron un grupo cuyos encantos no acierta á describir la pluma, y que sólo se encuentra en los hogares cristianos. En la escuela de doña Petra fue Maruja en adelante la que más aprendió.

Viendo la desaplicación de Jeromo, le dijo burla burlando: "Cómo! tú, tan grande y no aprendes nada. A lo que el otro, neciamente consentido por sus padres, respondió: "Sólo los niños pobres aprenden, y yo soy rico: prégnntale á mi madre y verás." La niña nada objetó, pero

como arrepentida de haber hablado, bajó los ojos y prosiguió su labor.

Al terminar el primer año, quiso doña Petra premiar á los niños más juiciosos y adelantados, distribuyéndoles delante de sus familias algunos premios que ella se había conseguido. Doña Teresa, arrellanada en un sillón de baqueta, esperaba que su hijo sería el del primer premio, pero nada; ni el del segundo, ni el del tercero, y la premiación pasó y el nombre de Jeromo no figuró en ella. Contrariada en extremo, culpó á la maestra y excusó al chico, á quien ofreció por premio un vestido completo y un paseo al día siguiente, con asistencia de todos los niños de la escuela, acompañados de sus familias.

La mañana amaneció plácida y de soleada temperatura.

A casa de don Aniceto fueron llegando los convidados, y á la hora conveniente se pusieron en marcha, andando camino del monte por una suave pendiente que llevaba á un sitio llamado *Las Cuevas*, famosas en toda la comarca por las consejas que sobre ellas corrían y por creerse que sus intrincados y oscuros laberintos se prolongaban por debajo del monte hasta salir á un pueblo lejano. Adelante iban los niños haciéndole corro á Jeromo; seguían después los demás, tratando cada cual como mejor podía de halagar á los protagonistas de la fiesta. Por otra cuesta menos rebajada, pero más corta, trepaban los criados, con las viandas, refrescos y golosinas á la espalda y jadeando por llegar pronto al sitio que sus amos habían señalado. Cuando los paseantes llegaron al lugar escogido, se esparcieron acá y allá en diferentes grupos, unos buscaban la sombra, otros se encaramaban en los picachos de las rocas para respirar á pulmón abierto y espaciar los ojos desde allí por todos los términos del panorama que se tendía á la vista.

Los niños, ebrios de gozo, corriendo, riendo y gritando, no dejaron lugar á donde no fueran á dar, ni árbol

que no examinaran, ni flor que escapara á su pesquisa. Este advertía el arrullo de la perdiz, que á veces, con violento y repentino vuelo, denunciaba el nido que ocultaba al abrigo de los matorrales; el otro, con el dedo hacia arriba, mostraba el águila, cuyo lento y elevado vuelo la hacía aparecer incrustada en el cielo.

Si doña Teresa hizo bien ó mal en premiar á su hijo, no será punto que decidamos nosotros. Digamos sólo que aquella jira resultó encantadora; que se habló mucho de ella y que formó época en los decires del pueblo.

Cómo llegan al alma, cuando se presencian escenas como la transcrita, en que uno fue actor cuando niño, los versos del poeta argentino:

Oh! mis islas amadas, dulce asilo
De mi primera edad!
Añosos algarrobos, viejos tilos
Donde el boyero me enseñó á cantar!

Hasta cuándo tuvo paciencia doña Petra, y hasta cuándo dictó sus lecciones, son cosas que no se saben á punto fijo, pero lo que sí es cierto y se tiene averiguado, es que los padres le quedaron muy agradecidos y que Jeromo llegó á leer y á escribir lo bastante para leerle cuentos á doña Teresa y para ponerle en renglón una carta á su madrina.

Los años pasaron. Don Aniceto, viendo á su hijo ya crecido, llegó á pensar que tendría en él un ayudador eficaz en los negocios. Quiso, pues, iniciarlo en ellos, tanto porque sentía que las fuerzas le mermaban ya, cuanto porque era bueno que Jeromo se fuera acostumbrando á manejar lo que tarde ó temprano debía pertenecerle por entero. Además, el mocito estaba del todo instruido, según el parecer de sus padres, con lo enseñado por doña Petra.

Pero pronto notó el soso de don Aniceto que la cosa no era tan fácil como se imaginaba. Jeromo no mostraba mayor afición al trabajo, ni tenía para él las condiciones indispensables. El madrugar le hacía daño. Vivir al rayo

del sol le era insoportable. Cualquiera ocupación de las que don Aniceto le señalaba la encontraba tediosa y monótona, y si cumplía sus órdenes lo hacía de modo dejado y rehacio. Don Aniceto se afligía viendo que Jeromo no guardaba con él el respeto debido, y su aflicción subía de punto al considerar que día por día el desacato era mayor.

La pobre de doña Teresa, después de disimular mucho, venía con quejas á don Aniceto porque el señorito la había desobedecido y porque no lo podía soportar. La servidumbre se quejaba, se quejaban los vecinos, el pueblo todo encontraba insoportable á Jeromo.

Dando y recabando andaba don Aniceto buscándole remedio al mal, cuando un día, totalmente desesperado, por el porte de Jeromo, resolvió tomar consejo sobre el caso, que lo tenía entre brasas, con personas de experiencia y buen juicio.

Con esta idea, clavada entre las cejas, se trasladó á casa de don Benito. Expuesto por don Aniceto el objeto de la visita en términos blandones y zalameros, don Benito, que le oía componiendo descuidado un cigarrillo, sacó una cerrilla del bolsillo, hizo lumbré, lo encendió, y después de aspirar con delicia una primera bocanada, habló así: "Agradezco á usted mucho, don Aniceto, el honor inmerecido que me hace creyéndome hombre de consejo. Ciertamente, don Aniceto, el caso que lo preocupa á usted necesita un pronto remedio."

—Sí, señor, un remedio pronto, muy pronto, contestó don Aniceto.

—Ustedes (y excuse don Aniceto que le hable con tanta franqueza) no han tenido bastante tino para educar á su niño; lo han consentido demasiado, sobre todo doña Teresa; le han dado gusto en todo y le han dejado á lo que quiera, y hoy ustedes están viendo y palpando y sufriendo el resultado.

—Sí, señor, dijo don Aniceto, tiene usted razón, don Benito. Sí, señor, nosotros tenemos la culpa de la edu-

cación de Jeromo. Si yo se lo ando diciendo á Teresa. Cómo lo envidio á usted, don Benito. Usted es feliz con sus hijos. Son tan buenecitos.

—Muchas gracias, don Aniceto. No son tanto como usted lo cree, pero si en algo merecen la flor con que usted los favorece, se debe á Rita, que ha puesto los cinco sentidos en educarlos.

—¿Y qué me aconseja en definitiva, don Benito?

—Pues aquí, don Aniceto, sí que viene como pedrada en ojo de boticario el refrán aquel que dice: "Más vale tarde que nunca." Necesitan ustedes modificar su línea de conducta con Jeromo; es preciso que sean más rígidos, más ajustados con él. Importa cuanto antes alejarlo del lado de ustedes. Creo conveniente llevarlo á la ciudad y ponerlo interno en un colegio. Las disciplinas del claustro le irán dando idea del orden, y poco á poco irá cogiendo hábitos de estudio, es decir, de trabajo. Los domingos saldría á casa de su abuelita, doña María, y de sus tías, personas, según he oído decir, amables, pero rígidas, amigas de un orden estricto, ajenas á lo que se llama hoy la vida moderna, y dadas á costumbres verdaderamente patriarcales. Este medio le vendría de perlas á Jeromo. Los sobrinos de ustedes se educaron en él, y á pesar de tener tan mala índole, como usted asevera (en lo cual creo, con el perdón de usted, don Aniceto, que hay un poquito de exageración) (á esto don Aniceto torció los ojos, tosió, carraspeó y siguió escuchando á don Benito), han salido, á juicio de personas de valer y crédito, hombres á carta cabal.

Don Aniceto, que tenía las manos en las rodillas en actitud momial, las llevó al sombrero como para ajustarlo mejor, y dijo:

—Cabal, don Benito; el consejo de usted es admirable. Jeromo al colegio, pero... cómo hay cosas que no se le ocurren á uno. Voy ahora mismo á hablar con Teresa.

—Y si usted gusta, yo lo acompaño, interrumpió don Benito.

—Por supuesto, don Benito. No sabe usted cuánto le agrada lezco. Mucho se alegrará Teresa de verlo á usted por casa.

Arregladas las andanzas, se pusieron en camino. Don Aniceto en la suya ; un chaparrete, pobre de carnes, recio de paso y malo de rienda, y don Benito en su gorda mula retinta, buena de trocha y no escasa de bríos.

(Continuará).

ANGEL M. SAENZ

Galería de hijos del Colegio

FRANCISCO JOSE DE CALDAS

(Continúa)

En aquellos años fue cuando tuvo lugar la visita que hizo á la América el sabio naturalista prusiano, Federico Alejandro, Barón de Humboldt, acompañado del eminente botánico Amadeo Bonpland. Después de desembarcar en Cartagena el 28 de Marzo de 1801, emprendieron viaje para esta ciudad, donde permanecieron algunos días, salieron á conocer varios lugares importantes de esta parte del país, y en el mes de Septiembre partieron para el Ecuador.

La noticia de la visita de Humboldt fue para CALDAS muy halagüeña, pues pensó que á su encuentro con él haría grandes adelantos en la ciencia y que el Barón le ayudaría á perfeccionar sus inventos, esperanzas que CALDAS se forjaba, pensando que los demás obraban ingenua y desinteresadamente como él. A pesar del consejo que recibió en Popayán de que esperara en aquella ciudad al Barón para que viajaran juntos al Ecuador, le fue imposible hacerlo así, pues no podía demorar más el viaje por ser indispensable su permanencia en Quito ; además, el Barón retardaría algún tiempo en llegar á Popayán, pues como sería natural iría haciendo observaciones científicas durante el viaje y demorándose en